

dispuso á acompañarla. La desnudaría ella misma, y la metería en la cama; la daría tila, y no se separaría de su lado hasta que se durmiera, como cuando chiquitita. Y á la mañana siguiente ya estaría buena, sin sombra de ideas ridículas, libre de la maniática ventolera de contarse los años, de creerse fea y de condenarse al limbo de las solteronas.

—Lo que yo siento es la sofoquina que hemos pasado para vestirnos —agregó,— y el plantón de los amigos... Baja, Navigio, y diles que ésta se ha puesto enferma. Diles que no es de cuidado, para que no se alar-men.

Silencioso, D. Navigio cruzaba la sala en són de cumplir el mandato, después de echar una mirada melancólica á las descorchadas botellas, que parecían burlarse de su estéril rumbosidad, y como bajara los primeros escalones, oyó que Flora repetía á misia Loreto:

—¡No lo olvidaré, mamá, no lo olvidaré!

---



---

### III

Aunque Rómulo y Gabinito se acostaban á las tantas, hipnotizados en la sala de juego desde que la familiar tertulia concluía por el cansancio de las damas, hasta que la mala suerte ó el excesivo desgaste nervioso les mandaba recoger, eran ambos muy madrugadores en Marplatina, y no por virtud ni por higiene, sino porque de nueve á diez tenía lugar en la playa la exposición de pantorrillas al desnudo y de formas veladas con discreción mayor ó menor, y de tan ameno espectáculo gustaban de disfrutar sentados, cuando no se bañaban, en sitio estratégico y junto á la orilla del mar, en estas á modo de garitas de mimbre, al resguardo eficaz del viento, cada uno con sus

gemelos de teatro; y aun en esta afición, en que la ociosidad tenía más grande parte que el gusto, mostraban el poco calor que el agotamiento prematuro, propio de almas estragadas, á las que mueve apenas la pimienta de lo nuevo, ponía en todas sus acciones de aristócratas.

Fumaban, miraban, charlaban, bosteaban... Más bostezos que ideas salían por sus bocas desdeñosas, mientras el mar revolcábase á sus pies, y cuando el entumecimiento del espíritu les amodorraba, hartos de flechar pantorrillas y caderas, desplegaban los periódicos del día, espigaban la nota escandalosa, que no siempre satisfacía al paladar perverso, y con los ojos pegados al papel se olvidaban, se dormían, aletargados por la pereza, en la confianza de que el mundo seguiría dando vueltas y la patria andando su camino seguro, sin haber menester de su activa é importante ayuda, ajenos los dos al poético paisaje que nada les decía, y si algo les dijese fueran voces en el desierto de dos almas.

Dormían, pues, cuando no bostezaban, apuntando el anteojo ó abriendo y cerrando la petaca, encendiendo y tirando al agua los cigarrillos, sin fumarlos, aburridísimos; y una de estas mañanas, precisamente la del día siguiente á aquel cuyos sucesos en las anteriores páginas quedan consignados, en la playa del *Manchester* los dos amigos, dentro de sus garitas de mimbre, bosteaban más que nunca, teniendo ya agotadas las respectivas petacas y el almacén intelectual, que á poco hablar aparecía barrido; por el objetivo de los anteojos habían pasado hermosos palmitos, regulares y feos, senos prominentes y escuálidos, caderas redondas y puntiagudas, pantorras gordas y flacas; habían pasado las cuatro chicas de Asnabal, Florita Soto, la rusa Wanda... Y Rómulo y Gabinito bostezaban. La mujer es siempre igual; todas saben á lo mismo, como las ostras. *Plus ça change...*

Gabinito pronunciaba el francés muy mal, pero se jactaba de que en París no trató mujer alguna que no le entendiera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Y las trató de todas clases y de todos colores. Así estaba de indigestado.

— *Plus c'est la même chose* — terminaba su axioma entre dos bostezos;—sí, sí, yo he probado pescados y mariscos, cuantos Dios crió, en su salsa regional, y todos me han parecido una misma cosa, insípidos, á pesar de picantes y de especias; lo que no he probado hasta ahora es arenque seco; ¿qué tal son los arenques, Rómulo? mírale las piernas á la Sotita: no son malas, te digo que no... Cuando sale del baño parece un perro de aguas. Y, sin embargo, á mí me gusta la Sotita.

Rómulo, con despectivo gesto, alzaba los gemelos. ¡Cá! dos palillos de tambor. ¡Si era realmente un arenque! no tenía más que el aquel de su cháchara y los gastados recursos para atrapar al marido responsable que buscaba.

—Según... Á veces parece que todo su juego escénico va enderezado á ese objeto supremo; otras, deja entrever su desencanto, los pasados desengaños, y como cultiva

sus teorías feministas, no sé si por convicción ó porque están verdes las uvas, habla del matrimonio con desprecio. Dice que la mujer no necesita del hombre para nada; que el día que logre romper las ligaduras que la sociedad la ha impuesto, inmovilizándola como á momia egipcia, y adquiera el uso libre de su voluntad, que ella llama los brazos del espíritu, nos impondrá la ley y nos meterá en un zapato. ¡Es deliciosa! y mira, precisamente por ese aire extraño suyo, esa nube en que gusta de envolverse como en un tul, que rechaza la burla y lo deja á uno sin saber qué pensar, me hace más gracia... Es un arenque con mucha sal.

— Á tu disposición está — dijo Rómulo riendo;—¿crees que te va á resistir? admiro tu apetito... Á mí me revienta la tal Sotita; se las da de sabia, una mona sabia que llevan á bailar de fiesta en fiesta los titiriteros de los padres, con fines lucrativos, por supuesto, y que tiene trazas de bailar á latigazos. Saluda, Gabino...

De la caseta más cercana, de pie en la

puerta, con la amplia capa gris y el gorro de hule amarillo, Flora les dirigía graciosos meneos de cabeza, antes de entrar, y ellos se levantaron, se descubrieron, hicieron una gran reverencia.

—Pobrecita—dijo Gabino arrellanándose de nuevo;—si supiera que en este momento la maltratabas... Sin embargo, cuando estás con ella te acaramelas.

¡Qué disparate! no debía temer que él le hiciera la competencia... Le entretenía, sí, y hacía reír, sobre todo cuando salía con aquello del alma perdida; ¿no le había contado el cuento del alma perdida? leyenda que ella fundaba en una costumbre de la antigua Grecia... Decía que así como entonces encerraban en un cuarto oscuro á los jóvenes de ambos sexos que deseaban contraer esponsales, y cada cual sujetaba á cada cual sin saber á quién escogía, teniéndose solemnemente por novios á los que mutuamente y á tientas se habían atrapado, continúa imperando en el mundo semejante costumbre, y, en general, el matrimonio no

es más que el juego de la gallina ciega. Ella, cuando le tocó su turno, no supo sujetar bien al que la estaba destinado, y ésta es la hora que no le ha encontrado todavía. Algo tarde, añadía Rómulo, para encontrarle, si es que el corrido Asnabal no se ofrecía gustoso á que la Sotita le pusiera la mano encima; que él por su parte acariciaba otros proyectos, también matrimoñecos, y no á tientas, como los griegos aquellos, sino con los ojos muy abiertos y á la luz del sol.

Enarboló los gemelos para ver cómo salía del agua Ernestina en aquel momento, apoyada en el bañero Batistone, Venus que de su concha de espumas arrebatara el feo Vulcano, y todo el tiempo que desde la orilla á la caseta duró el paso del astro no quitó el impertinente aparato, paso de mucho movimiento, por cierto, acompañado de risas, grititos y alarmas generales.

—Ahí sale la rusa—exclamó Gabinito;— ¡qué mujer!

Rómulo bajó los gemelos. Y Gabinito se

volvió para interrogarle acerca de esos proyectos, confesados, sin duda, en broma. ¡Cómo! Y la Schlingen, ¿le daría su real permiso? No era la primera boda que le había deshecho; antes de dejarle casar le ahogaría con sus hermosas manos, hembra terrible, siempre en celo, que miraba sus bigotes borgoñones como de su exclusiva propiedad y sujetos á su capricho, para que ella les arrancara hasta el último pelo, si éste era su gusto. Y que se los arrancaba, no había que dudarlo, á la primera palabra... ¿Y la Schlingen?

Exaltóse el joven al eco de este nombre; la soberbia le inyectó de sangre los ojos, le hizo apretar los puños. ¡La Schlingen! Estaba harto de ella, hartito hasta la coronilla. ¿Quién aguanta dos años seguidos á la misma mujer? ¡y mujer tan pegajosa, tan exigente, tan dominante! No podía más con ella; ó rompían con el pretexto de que iba á casarse, ó con cualquier pretexto, ó con ningún pretexto. La *cornamentación*, vamos al decir, autorizada y consentida, carece de

gracia, de atractivo; el amor de tapadillo, si ha de durar, para ser gustoso debe tener sus lances variados y sazonzarse con temores, recelos, escondites, acechos, alarmas y picardigüelas, todo lo cual sirve de leña para conservar y aun avivar el fuego adúltero. Mas con el blando y sumiso D. Federico no hacían falta tretas ni engaños; él mismo se prestaba al juego y se ofrecía al sacrificio, haciendo la vista gorda y otorgando tamaña libertad á su Adelaida, que antes que marido parecía tercero de oficio. A marido así no hay interés ni gloria en engañar.

—Ya la tendremos aquí el sábado—agregó, sacando de la americana blanca una carta abierta,—y el mismo D. Federico me lo anuncia: «Diga usted á los amigos que el próximo sábado Adelaida y yo llegaremos á Marplatina y nos instalaremos en *La Wal-kyria*»... Sí, y dará comienzo la serie de banquetes luculianos, las fiestas en que arden los pesos, y se abrasa Adelaida, y me mortifica y persigue... ¿Me has preguntado si probé yo alguna vez arenque seco? ¿Has co-

mido jamón ahumado con salsa de guindillas, pimienta y mostaza inglesa? ¡ahí tienes á Adelaida: te la cedo!

—¿De veras?—saltó Gabinito, brillándole los ojos mortecinos;—no lo digas dos veces, que acepto.

—¡Bah!—dijo Rómulo.

Trazó sobre la arena una raya, límite hasta donde llegó en sus relaciones con la mujer del alemán millonario, y del que decidido estaba á no pasar. Por eso acariciaba la idea del matrimonio, idea nueva, fresca, que le proporcionaría un placer no gustado, y le libraba, por el momento, del abrazo mortal de la Schlingen. Después... después, ¡la mar! Se calló, pensativo, mirándola revolcarse á sus plantas, fingiendo no oír la pregunta de Gabinito acerca de la persona que encarnaba la idea salvadora; y poco á poco la ausencia de bañistas, el silencio, el sueño no satisfecho, les obligó á abrir la boca muchas veces, en bostezos prolongados y ruidosos.

Guardaban los periódicos sobre las rodi-

llas y no los abrían, de pereza. El mar, con húmedas razones é irritados espumarajos, les echó de allí, y lentamente, hundiendo en la arena los rubios borceguíes, marcharon sin rumbo, aplanados por la monotonía de su vida holgazana. El programa del día era el mismo que el anterior y que los pasados: ningún incentivo, acicate ninguno que sacudiera su modorra y despertara sus nervios. Y bostezaban, descuadernando las mandíbulas.

El sol brillaba, en aquel día de Febrero, como en los últimos de otoño, pálido y encubierto, alumbrando á medias el pueblo, que surgía risueño entre la luz y la sombra, mostrando sus galas de rico, nuevas y pomposas, hechas de encargo, para atraer al forastero y retenerle todo el tiempo que necesitara la piadosa operación de limpiarle los bolsillos. Por todas las calles paseaba el lujo, de bracero con la vanidad ó la holgazanería, lujo de relumbrón, á veces no tan legítimo como sus compañeras, y cual mendigo que se oculta, deslizábase el trabajo,

vergonzoso, en los muelles, sobre algún andamio, tras de alguna esquina, esclavo de aquel en cuyo honor estaba dedicado el templo veraniego y echaba los bofes durante la temporada.

La costumbre llevó á Rómulo y su amigo á la Rambla, y no bien dieron frente á ella, vieron venir á Eliseíto Miralta, el compinche de tapete, un mozuelo de poco más de veinte años, lampiño, narigudo, con la cara toda estrellada de barros, vestido de blanco de pies á cabeza, hijo de un honrado español que pasaba el año en apreturas por darle al hijo aquél asueto y baño aristocráticos, que él creía conveniente á su salud social, y le gritaron:

—*Ché*, Eliseíto, ¿dónde vas?

El joven se detuvo y saludó. No iba á ninguna parte, en verdad; después de las pérdidas de la noche anterior, no le quedaban ganas de nada. Doscientos pesos eran para él una fortuna, y si todas las noches perdía lo mismo, en pocas más acabaría el viático paterno y con él la temporada.

Dichosos aquellos que no han de tentarse los bolsillos y por taumatúrgico modo los sienten repletos siempre, tan pronto vacíos como llenos de nuevo, sin que en llenarlos la suerte intervenga, sino que son como los cauces naturales de la fuente de la riqueza propia, llámese Asnabal, ó Pares, ó Schlingen, que en los nombres varía, pero en la eficacia es la misma. ¡Ese Casuso! ¡valiente fullero estaba! Y como los otros protestaran del calificativo con que se atrevía á denigrar al más correcto compañero de juego que podía imaginarse, el barroso mozalbete insistió:

—¡Digo que sí! lo cierto es que á usted, Asnabal, le ganó trescientos; á usted, Rómulo, cien, y á mí, doscientos: total, seiscientos pesos. Es mucha suerte para un solo hombre.

Rómulo le preguntó qué tal iban sus amores, y el narigudo dijo, con displicente ademán, que peor que el juego todavía. La misteriosa rusa era una estatua... Luego la andaban detrás todos ó casi todos los ba-

ñistas, jóvenes y viejos, casados y solteros, útiles é inútiles, como trailla de perros. Dijérase que Marplatina era una isla de negros, en plena África, donde el naufragio hubiera arrojado á la única blanca que vieron los naturales maravillados. No será esto muy europeo que digamos, tal como á sangre y fuego y en un amén quiere la impaciencia nacional que se transformen usos, costumbres y caracteres; pero era la pura verdad, y para convencerse no había más que llegarse á la esquina del *Hotel de Nápoles*, donde esperaba su vuelta del baño un nutrido grupo de sus más fervientes amantes. Por cierto que entre ellos no faltaba el señor D. Gabino, el Dr. Soto y otras vejeces de este calibre, más decididos á la conquista que muchos jóvenes.

—¡Cuidado, que yo no entro en la colada!— advirtió Rómulo muy serio.

—¡Buena la hacíamos si entrara!— contestó ingenuamente Eliseito;— como que salíamos todos desbancados.

Este sincero homenaje á su superioridad

masculina y conquistadora satisfizo tan grandemente la vanidad del pavo real, que dió el brazo al mozuelo y le consoló de sus pérdidas ofreciéndole el empréstito que deseara, á fin de resarcirse sin necesidad de interrumpir la agradable temporada; á lo que Eliseito daba las gracias con tal efusión, que no faltaba más que le besara las manos.

Entraron en la Rambla, despacio, como quien tiene tiempo de sobra y las horas no le hostigan los talones; y apenas miraban la muchedumbre de desocupados, cuyas caras se sabían de memoria y aborrecían ya de tanto hartarse de verlas hasta en la sopa: por ejemplo, estaban seguros que el que venía por la izquierda era el *Pisahuevos*, y el de la derecha el *Rabioso*; el otro de más allá, el *Feón*, y el *Lohengrin*, el *Partecoraciones*, el *Coloradito* y cuantos merecieron por sus defectos ó cualidades el mote respectivo de la crueldad satírica de las de Asnabal, que no perdonaba, ciertamente, á las señoras; y así, una era la *Dama duen-*



*de, otra la del Copete, otra la tía Cangrejo, otra la Militruncha, otra la Peregila....*: ésta el más famoso elemento de todos los guisos sociales; de modo que no quedaba prójimo sin confirmar, pues en algo han de emplear su tiempo las personas mayores, ya que no pueden fabricar fortalezas de arena en la playa, con sus palitas, como los niños, ó los políticos con sus programas. El toque está en pasarlo bien sin hacer cosa de provecho, que la oxigenación no resulta si no va acompañada de la huelga intelectual y del funcionamiento completo del aparato digestivo.

Entre la muchedumbre conocida se destacó el enlutado D. Valentín, que, según su alegre declaración, venía del muelle de ver el desembarco del pescado, y de la playa de los Ingleses de sacar lombrices para la pesca del día; porque así que almorzara, tenía dispuesto ocupar las horas de la siesta en pescar con caña, el más sosegado entretenimiento del mundo. ¿Se reían? Pues, á fe, que era más divertido que la estación en la

esquina de la rusa, esperando de pie que picara ó no picara. Y que no picaba, ya lo había él advertido: dama muy rica, ni princesa, como decían, ni condesa siquiera, sino toda una señora, simplemente, se llevarían chasco los impertinentes que no la dejaban respirar.

Estaba muy contento D. Valentín, sin duda por los éxitos de la noche anterior, y al decir aquello dió un cachete amistoso al de los barros, que no disimulaba la mucha inquina que le guardaba; luego abrió la cestita que colgada de una correa traía, y mostró la repugnante cosecha, en hirviente y carnoso montón. Buena cosecha, ¿eh? tenía cebo para todo el día. Qué tal, ¿sabía emplear su tiempo? Ellos, en cambio, ¿qué habían hecho? mirar pantorras en la playa, como si todas no fueran lo mismo, más abultadas, más secas, más blancas, más negras, más bonitas, más feas, pero pantorras al cabo.

—Vaya, amigo Casuso—dijo intencionalmente Gabino,—en algo más que en la

cruel tarea de sacar de sus oscuros aposentos á esos rosaditos y azogados bichos habrá usted empleado la mañana; ¿no ha averiguado usted, por ejemplo, si el *Partecorazon* se arregló con la inglesa ó no se arregló, si el *Pisahuevos* anda más derecho y camina más firme porque cambió de calzado ó se curó de los pies, y si *la del Copete* es la madre, la tía, la hermana, ó qué es, de *la Militruncha*?

Una de las pequeñas vanidades de don Valentín era el saberlo todo y conocer á las personas en su vida y milagros, acciones y pensamientos; algunas quiebras había sufrido por ello, según ocurre á los historiadores, desmintiéndole el retratado personaje á lo mejor y consagrándole por más mentiroso que Merlín; pero él no se corría ni arredraba, porque más valían los fueros de su amor propio que los de la verdad.

¡Figúrense ustedes, pues, cuál sería su complacencia así que Gabinito halagó su manía noticieril! Contestó á lo que le preguntaban, de carretilla, y dió otras noticias

más que no le pedían, de cuya veracidad él mismo dudaba, pero que sacaba á luz muy seriamente y con aplomo asombroso, emboquillando el magnífico puro de á dos pesos, que él no los gastaba menos, á Dios gracias. A todo esto, y andando los cuatro, entre saludo y saludo, quiso Rómulo correrle y burlarle con la noticia de la llegada próxima de Schlingen, de él solo conocida, y le preguntó:

—Diga usted, Casuso, ¿y Schlingen, cuándo viene? ¿cuándo comenzarán esas famosas comidas de *La Walkyria*?

—Schlingen parece que no viene este año —respondió D. Valentín, tan convencido;— me lo dijo él mismo ayer en la capital... Sus asuntos, la salud de Adelaida...

—Pues llega el sábado. Carta canta, señor Casuso.

—Será resolución de última hora, doctor Pares; nuestro amigo el alemán es así; cada minuto cambia de idea ó le hace cambiar su mujer. ¿De qué se ríen ustedes?

Quien más se reía era Eliseíto, muy gus-